

Año 1

Nº 2

ANNALES

— DEL —

Ateneo de Costa Rica

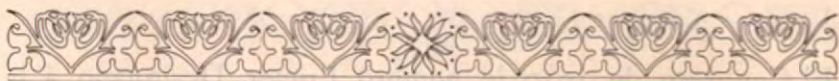
DIRECTORES:

Elias Leiva *Rómulo Tovar*
Luis Castro Faborio

1912

SAN JOSÉ, COSTA RICA

TIPOGRAFIA NACIONAL



Manuel de Jesús Jiménez

Nació en el año de 1854 en la ciudad de Cartago é hizo sus estudios de Segunda enseñanza en el Colegio de San Luis Gonzaga de la misma, tan acertadamente dirigido por el Dr. don Valeriano Ferraz, hasta obtener su grado de Bachiller. Siendo muy joven todavía se dedicó al comercio y desempeñó por varios años el puesto de Contador de la casa Mestre, Peralta y C^o, así como el de Profesor de Historia, Geografía y Literatura en el mencionado Colegio de San Luis.

El señor Jiménez se inició en la vida pública bajo la administración de don Bernardo Soto en que fué elegido Diputado al Congreso Nacional por la Provincia de Cartago. En 1883 empezó á trabajar en la agricultura, á la cual ha dedicado muchos de sus esfuerzos, sin dejar por eso de tomar desde entonces parte muy activa en la política del país. En 1888 el Presidente Soto le llamó para encomendarle la cartera de Relaciones Exteriores, y cuatro años más tarde, en 1892, se le eligió nuevamente Diputado al Congreso. En 1893 fué designado como candidato á la Presidencia de la República por una agrupación respetable y numerosa de ciudadanos, y en la administración del Lic. don Ascensión Esquivel desempeñó sucesivamente los cargos de Ministro de Gobernación y de Hacienda (1902-1904). En 1905 fué nombrado Cónsul General de Costa Rica en la república del Salvador y en 1910 elegido Diputado, á la vez, por la provincia de Cartago y por la de Alajuela, habiendo aceptado la representación de esta última. No había terminado aún su mandato legislativo cuando la provincia natal le eligió otra vez para un período legal, que terminará en 1916.

El Congreso de 1910 le nombró Primer Designado á la Presidencia de la República, honroso nombramiento que actualmente conserva.

El señor don Manuel de J. Jiménez ha sido, además, miembro del Consejo Municipal de Cartago en repetidas ocasiones, y hoy es Presidente de esa corporación. Ha cultivado con mucho brillo y sagacidad los estudios históricos y el país le debe importantes trabajos en este género.

Manuel de Jesús Jiménez

Nació en el año de 1874 en la ciudad de Cartago é hizo sus estudios de segunda enseñanza en el Colegio de San Juan de los Rios, en la misma ciudad, hasta obtener su grado de Bachiller. Siendo muy joven todavía se dedicó al comercio y desempeñó por varios años el puesto de Contador de la casa de Messrs. Perata y C^o, así como el de Profesor de Historia, Geografía y Literatura en el Colegio de San Juan de los Rios.

El señor Jiménez se inició en la vida pública bajo la administración de don Hernando Soto en que fue elegido Diputado al Congreso Nacional por la Provincia de Cartago. En 1887 empezó á trabajar en la agricultura á la cual ha dedicado muchos de sus esfuerzos, sin dejar por eso de tomar desde entonces parte muy activa en la política del país. En 1888 el Presidente Soto le llamó para encomendarle la cartera de Relaciones Exteriores, y cuatro años más tarde en 1892 se le eligió nuevamente Diputado al Congreso. En 1893 fue designado como candidato á la Presidencia de la República por una agrupación respetable y numerosa de ciudadanos y en la administración del Lic. don Ascensión Espinosa desempeñó sucesivamente los cargos de Ministro de Gobernación y de Hacienda (1901-1902). En 1905 fue nombrado Consejo General de Costa Rica en la República del Salvador y en 1910 elegido Diputado á la vez por la provincia de Cartago y por la de Alajuela, habiendo aceptado la representación de esta última. No habla terminado aún su mandato legislativo cuando la provincia natal le eligió otra vez para un periodo legal, que terminará en 1916.



Antonio Pereira

Episodio de los días de la conquista

La guerra, el botín, la desolación y la muerte: he ahí el eje sobre el cual asentó la humanidad la rueda secular de su progreso. A fuego y sangre se ciñó Roma su imperial diadema, y en seguida progresó el mundo; con los despojos sangrientos de Roma se nutrieron luego los bárbaros del Norte, y nuevos y más límpidos ideales iluminaron de súbito las sendas de los hombres; á fuego y sangre se constituyeron después las modernas naciones europeas, y nuevos y más justos pensamientos rigieron presto en los cánones sociales; con los despojos de Atahualpa, de Motezuma, de Nicaragua y de otros muchos indígenas magnates fabricó España su aurea diadema colonial, y al punto se abrieron en las Indias nuevos y más amplios horizontes al progreso humano. Es decir, la muerte generadora de la vida; la conquista, generadora de la civilización, ¡oh aparente paradójal, ¡oh ley sabia, dura é ineludible del progreso!, que, trasportada al Nuevo Mundo en las carabelas colombinas, así armó de violencia inicua el brazo férreo del conquistador hispano, para que del caos mismo de la guerra cruenta surgiera á la postre una paz más bienhechora, una riqueza más espléndida, una vida más lozana en el nuevo continente.

El botín, estímulo de guerra; el oro, présago de servidumbre: he ahí la clave de los patéticos sucesos que conturbaron y trasformaron el mundo americano en el siglo xvi. Cuentan las historias que allá abajo en Cajamalca, el Inca del Perú, prisionero de Pizarro, ofreció por su rescate llenar de oro la extensa sala en que gemía cautivo, y que luego de llenarla perdió su cetro y su vida; cuentan las historias que

allá arriba, en la ardiente Vera Cruz, el orgulloso Teutile, embajador de Motezuma, para contener á Cortés mandó poner sobre la fronteriza tierra unos petates en donde cien indios cargueros fueron amontonando telas finísimas, penachos multicolores, flechas extraordinarias, lucientes pedrerías y valiosas joyas de oro, rico presente del receloso monarca, y que luego el invasor, en vez de retroceder saciado, siguió adelante codicioso y atropelló á Teutile y derribó á Motezuma y se enseñoreó de México; cuentan las historias que aquí cerca, el opulento Nicarao, en el año de 1522, para apartar de sí al temerario Gil González, le dió á porfía patenas, aguilillas y cocodrilos de oro en cantidad de ciento doce mil castellanos, y que luego, procedente de Panamá, se le vino encima Fernández de Córdoba, y después Pedrarias, y, por fin, Contreras y cien y cien otros forajidos más, que le asolaron su reino y que para mejor asolarlo se lo quitaron también. Y es que entonces allí donde brillaba el oro, lucía el botín, estímulo de guerra, y acudían los avaros españoles, présagos de servidumbre, y caían los indios abatidos bajo el peso mismo de sus tesoros opulentos.

Pero vengamos á nuestra tierra. Era el año de 1560. Habían trascurrido, pues, treinta y ocho años desde el día en que la bandera castellana flameara vencedora en Nicaragua y Panamá, y, á pesar de tan largo espacio de tiempo, permanecía libre y desconocido todavía el territorio intermedio de ambos países, asiento entonces de nativos indios y hoy de criollos costarricenses. Libre permanecía, y por eso, en el vallé que se extiende allí donde discurren el Río Grande y el pequeño Cuarros, señoreaba tranquilo Garavito, cacique rudo, guerrero intrépido, varón taimado, á quien las cercanas armas españolas no infundían pavor alguno, porque creíalas ineficaces delante del bélico denuedo de aquellos invictos indios fronterizos que habían resguardado años antes el interior del país. Ciertamente, las varias expediciones españolas, ora por el lado del Atlántico, ora por la costa del Pacífico, efectuadas hasta entonces para descubrir y conquistar este rincón de tierra, habían fracasado totalmente, no sólo por la inclemencia natural de esos parajes, sino también por la bravura de aquellos indios fieros é indómitos. En efecto, allá, en un remanso de la mar hirviente, sobrenadaba todavía la rota quilla del náufrago bajel de Diego de Nicuesa; allá, por las intrincadas cerranías y altas crestas de Burica

aun vagaba el espíritu del feroz Urraca, de aquel héroe salvaje, hermano de la selva y compañero del tigre; allá, en la loma sombría de Corotapa aun se divisaban los maderos espinosos de la derruida fortaleza de Marbella, mudos testigos de la mala ventura y hado triste de Sánchez de Badajoz; allá, en el Tayutic bravío, á orillas del Pacuare, aun se levantaba sobre la punta de la lanza del caribe Cocorí la monda y lironda calavera de Diego de Gutiérrez á modo de trofeo, y ahí cerca en el vecino Tilarán, el marcial Corobicí requiriendo su pedernal filoso, su flecha aguda y su rodela tensa atalayaba el horizonte desde la cumbre al lago y no hallaba en parte alguna motivo de zozobra.

Garavito, pues, creyéndose seguro contra el avance de los hombres blancos miraba complacido los cauces bonancibles por donde á la sazón corría su vida y el rumbo de la estrella venturosa que iluminaba por entonces su camino. Los viejos hechiceros le habían puesto por nombre Garavito desde la hora en que empuñó la vara de Cacique, invocando así la memoria de aquel Capitán español, Andrés de Garavito, teniente de Pedrarias, que años antes había invadido sin éxito los linderos de este rincón güetar, como para augurarle con la repetición del nombre vida feliz, independencia y dicha. Y ciertamente esos augurios se estaban cumpliendo en él punto á punto: los mandones comarcanos rendíanle pleito homenaje llevándole maíz, pavas y miel; Corobicí enviábale tributo en señal de vasallaje; Coquiba le agasajaba con sazonados frutos de Pacacúa, y hasta el indómito Corrohore, Señor de Quepo, le había dado el mejor de los regalos al darle para su tálamo nupcial una gentil muchacha apresada en tierra de Coto, viriteca insignne, donosa cual ninguna de las que como ella se miraron en las aguas purísimas del Cuarros. Él era feliz muy especialmente cuando seguido de su mujer esbelta corría veloz tras de la fiera danta ó del fugaz venado, ó cuando en la fresca vega del caudaloso río ávido despegaba de su flecha las carnes palpitantes de la sutil mojarra ó del plateado bobo; ó cuando por la playa del irritado golfo oía de un lado los retumbos del peñón de Tárcoles y del otro los requiebros de su amada Biriteca. Era feliz, pero su estrella venturosa estaba entonces á punto de eclipsarse detrás de la penumbra en que yacían envueltas las crecidas riquezas legendarias de Costa Rica.

En efecto, aun estaba vivo en los países comarcanos el espíritu aventurero de la nación española que tan grandes proezas hizo en la conquista de América, y exaltado que fué allí por la tradición y la leyenda, deslumbró entonces al rey, á la audiencia, capitanes y soldados con los tesoros escondidos en la tierra ignota de Costa Rica, diciéndoles que Colón había visto en Cariarí muchas aguilillas de oro; que en la ribera del golfo había mirado Espinosa muchos cocodrilos de oro; que en la jornada de Rodrigo de Contreras había dejado enterradas Pablo Corzo seis pesadas cargas de oro; que en el cesto sucio de Diego de Gutiérrez habían relucido á pleno día mil bruñidas patenas, y que, por lo tanto, era llegada la hora de ir á ver el secreto fabuloso de esa tierra ignota.

Y de veras la hora había llegado puesto que el Presidente Landecho en Guatemala, dirigiéndose al licenciado Cavallón, dijo en aquel año lo siguiente: "Os damos licencia y facultad para que podáis entrar á la dicha provincia del Nuevo Cartago y Costa Rica y la podáis poblar y descubrir y no fagades ni fagan ende al, so pena de la nuestra merced". Por lo tanto en seguimiento de esas órdenes llegó Cavallón á Nicaragua y luego al punto por voz de pregonero y ruido de tambor llamó á cuantos en Granada y León quisieran reclutarse al rededor de su bandera para ir á Costa Rica bravamente sirviendo á Dios y al rey. Es fama que el pregonero remarcaba bien estas palabras: Dios y rey, pero que sin embargo los ávidos oyentes escuchábanlas trocadas cual si en verdad dijese: guerra y botín, y por supuesto acudieron á Cavallón muchos vecinos en tropel.

Un forastero venido de lejanas tierras, hombre mozo, de robusto cuerpo y extranjero acento, recorriendo á la sazón el mundo, oyó el pregón, y ávido de servir á Dios y al rey, siguió el tropel y llegó á la estancia de Cavallón en donde por igual se alzaban la santa cruz y el estandarte real y en donde efectivamente se estaba resolviendo el porvenir de Costa Rica. El forastero contempló, pues, aquella escena del reclutamiento; contemplémosla ahora también nosotros á través de antiguos documentos, ya que para los costarricenses aparece tan subido interés histórico. Dos mesas había en la estancia: en la una Ignacio de Cota, alférez general, escribía el alarde de los soldados, y en la otra Pedro Padilla, escribano de su majestad, consignaba en protocolo los pode-

res é instrucciones que daba Cavali6n á Juan Estrada, clérigo emprendedor, ap6stol y aventurero para que cooperando en la conquista fuese por ruta de la mar del Norte á las caribes playas de Costa Rica. Los soldados prestos á la jornada desfilaban poco á poco por delante del alf6rez inscribi6ndose en el alarde, y el alf6rez de rato en rato con gravedad decía: Juan Illan6s de Castro, 46 a6os de edad, natural de Guatemala, dice que irá con sus armas, criados y caballos; Sancho de Barahona, 32 a6os de edad, natural de Guatemala, dice que irá á su propia costa y minsi6n; Juan Mejía, 30 a6os, pelirojo, delgado, recibe 14 pesos y además un escaupil; Miguel Sánchez de Guido.... Juan Solano... Diego Caro de Meza.... hasta que llegado el turno del forastero dijose allí: Antonio Alvarez Pereira, 30 a6os, portugués, buen cuerpo, buena cara, dice que irá á su propia costa y minsi6n con sus armas y caballos. En tanto por delante del escribano cruzábanse frases entrecortadas así: estos seis mil pesos que pongo yo en la jornada, fruto de rec6nditos curatos, gástelos bien vuesa merced, que valen cuasi un Perú, murmuraba con énfasis el padre; esa mitra, ese obispado que se mira en lontananza, véala bien su reverencia, que no es cosa baladí, respondía con prontitud el licenciado.—Y luego el escribano llamando de testigo presencial al forastero puso fin á su trabajo así: “Fecho en la ciudad de León de la Provincia de Nicaragua á veinte y dos días del mes de setiembre de mil y quinientos y sesenta a6os; testigos que fueron presentes á lo que dicho es Diego Mart6nez y Antonio Pereira, vecinos y estantes en la dicha ciudad”. Y de ese modo Antonio Pereira con firma de su pu6o y letra dejó prueba evidente de la participaci6n que tom6 en la empresa de la conquista de Costa Rica desde el punto mismo en que ella se inici6, cuando los protagonistas en aquel citado día convinieron por escrito en c6mo el licenciado Cavall6n, yéndose por tierra debía entrar al interior del pa6s por la banda del Pacífico y en c6mo el padre Estrada, yéndose por el Desaguadero, debía entrar por la banda del Atlántico.

Allá va, pues, el padre Juan Estrada, va de marcha surcando las aguas irritadas del gran lago; nada le apena, el estandarte regio, cual si se holgara en manos del alf6rez Anguciana de Gamboa, sube y baja, dice adi6s desde el borde de la popa, y los pa6uelos de Juan L6pez, de Román Benito, de Quintero, de Mejía y de otros varios camaradas

se sacuden y se mecen jovialmente desde lo alto de las cofas; nada le arredra, lleva setenta soldados españoles, muchos indios de servicio y algunos negros esclavos de Guinea; nada necesita, lleva víveres sobrados, hartas municiones, armas, cruces y rosarios: nada teme, hínchense las velas al airado soplo de los vientos, crujen los mástiles al vaivén de la ruda marejada, silvan los obenques, ruje el vendabal, pero raudas cortan el oleaje las dos alígeras fragatas; va contento, ya va lejos, ya se ocultan tras la niebla de la tarde los tres palos de las naves, ya se pierden en el último confín del horizonte los blancos paños del velamen. Pobre padre, pobre padre, nada teme y sin embargo va derecho á un descalabro.

Y después, cuando se retiraron los temporales del invierno, y asomaron las frescas brisas del verano, y se enjugaron los caminos, púsose en marcha Cavallón y llegó á Chomes, pueblo fronterizo de los indios de guerra ó mejor dicho de los indios que aun conservaban su primitiva independencia. Allí en Chomes pasó revista á su gente: noventa soldados españoles, pocos negros esclavos y muchos indios cargueros: revisó el bagaje y dió la voz de marchen. De aquel diminuto ejército escapóse al punto un sonoro grito de entusiasmo; ya se iba á abrir en tierra bárbara una brecha por donde penetrase la civilización: la luz del evangelio y el dominio castellano, y por donde pudieran ser escudriñados los secretos de la selva y los tesoros de la montaña. Dios y rey, fué el grito que ensordeció entonces al sumiso Chomes y que llevado por el eco repercutió lúgubrementemente en el relampagueante Turrubales, en el modesto Poás, en el espléndido Irazú, en el escarpado Turrialba, en todas partes con asombro del corobicí propincuo, del güetar salvaje y del marcial boruca, porque oyéndole decir: dios y rey, le oyeron y entendieron bien, cual si dijese: guerra y botín.

Era entonces el mes de enero de 1561. Sonó el estridente pífano, sonó el clarín, y en breve el pequeño ejército comenzó á moverse. Iba en la vanguardia Miguel Sánchez de Guido con su minúsculo escuadrón: allí Alonso Pérez Farfán, Diego de Trejos, Diego de la Barrera, Antonio Pereira, sable en mano, cual esforzados zapadores, comenzaron á prestar entonces sus servicios, pues del mismo Sánchez son estas palabras: "Habiendo fecho lo que dicho tengo salimos del pueblo de los chomes abriendo camino por no le haber, á donde pasamos muchos ríos é grandes cuestras é

muchos pantanos donde padecimos muchos trabajos". En pos seguía la escuadra del alférez mayor Ignacio de Cota lucida cual ninguna: allí se alzaba el estandarte real en donde sobre tela roja resplandecía la imagen de Santiago; allí los ricos mozos venidos de Guatemala Sancho de Barahona, Francisco Ruano, Diego Caro de Meza, Francisco de Aguilar, caballeros en fogosos potros, mostraban su ardimiento y sus bélicos arreos: la puntiaguda lanza, el espadón tajante, el bruñido casco y la coraza férrea. — Después caminaba Juan Gallego con su gente sobria, fornida y resistente: allí Juan Solano, Pero Alonso Cano, Miguel Olivares, arcabuz al hombro, espada al cinto y calabaza de agua á las espaldas vigilaban y marchaban sin descanso. Luego seguía el inquieto y malévolo Fajardo con la impedimenta: cien indios tamemes, llevando á cuestras el pesado matalotaje: maíz, mucho maíz, totoposte, mucho totoposte, y, además, unos pocos géneros de ruan, angeo, sayal y gerga, bastantes hamacas, escaupiles y rodelas, algunas alpargatas é innúmeras cutarras; cien indios tamemes, pues, sentían en sus frentes bañadas de sudor la diadema torturante del mecapan impío, vacilaban bamboleantes bajo peso abrumador, levantaban sus ojos apagados al inclemente cielo, suspiraban, deteníanse, recibían luego en las carnes de sus piernas temblorosas el agujijón del capataz tremendo, y seguían paso á paso hacia adelante. En pos caminaba Cavallón erguido, empuñando su gran vara de justicia mayor de Costa Rica, acompañado del mustio capellán de la jornada, el padre Cristóbal de Gaitán, fraile mercedario, y seguido de una escuadra en la cual sobresalían Juan Illanés de Castro y Juan de Barahona, aquél por su notoria experiencia y éste por su juvenil bravura. Y, por fin, detrás de la retaguardia seguía Domingo Hernández, custodio diligente de los negros que en convoy arribaban aquí y allá la nutrida manada de ganados: vacas, puercos, cabras y novillos que allí iban para que comiese la gente y se poblase la tierra. Y cuando toda aquella avalancha hubo pasado la frontera, respiraron los sumisos chomes, y luego, unos de ellos se tendieron á lo largo á calcular el número y cuantía del invasor, y otros, llevando la noticia á Garavito, corrieron veloces por recónditos atajos.

El ejército invasor marchaba, pues, abriéndose camino, día con día, subiendo cuestras y vadeando ríos, pero sin encontrar por eso obstáculo capaz de cerrarle el paso. Así

marchaba, cuando de pronto la claridad de una abra puso á su vista una larga zona tapizada de verdura, serpenteada por un río y poblada de intrincados mimbres y tupidos bejucales. La marcha se hizo allí aun más molesta todavía, pero, sin embargo, prosiguió el avance y los soldados exclamando: "Jesús María, ¡oh! gamalotal", dejaron esa exclamación perpetuamente grabada en el nombre mismo de aquel paraje, para que, al ser llamado río del Gamalotal ó río de Jesús María, fueran á un tiempo mismo evocadas sus fatigas y recordados sus servicios. Pasaron, pues, el Jesús María, caminaron, encontraron otro río y mirándole raudales, se acordaron del Desaguadero y le llamaron de Machuca, cruzáronlo, y en la ribera izquierda, poco antes de la confluencia con el Jesús María, hicieron alto, asentaron el campamento, llamáronlo real de la Ceniza y descansaron allí por varios días.

En seguida pensaron en lo de su cargo: en conquistar gente, en hacer exploraciones. Tomaron informes, se orientaron: tenían al Norte el valle de Coyoche y al Sur el de Garavito. Pues á Garavito. Y, al efecto, Juan Gallego, acompañado de cuarenta soldados, llegó á la sede del amañado cacique, desde donde envió noticias de su jornada. Rico valle, pero rico de vegetación; mucha gente, pero gente desnuda. Cavallón, abandonando el real de la Ceniza, se fué presto para Garavito. Resultó cierta la noticia, pues allí pululaba mucha gente, gente menuda, como quien dice, mujeres, viejos y niños, porque hombres sazones eran pocos.—Y bien, preguntó Cavallón, dónde está tu cacique? Y el interpelado indígena con voz interpretada respondió: ¿cuál?—Pues Garavito.—¡Ah, Garavito!, Garavito se fué al monte.—¿Qué fué á hacer?—Fué á matar la danta.—¿Cuándo vendrá?—Cuando venga la otra luna. En efecto, ahí no estaba Garavito. El reyezuelo sutil, habiendo oído el eco pavoroso de aquel grito dado en Chomes, tuvo tiempo de trazar su línea de conducta y de impartir con brevedad sus órdenes. Ellos son pocos, díjose á sí mismo, y nosotros somos muchos; podemos aniquilarlos en detalle: donde dejen una res mal puesta, matarla; donde dejen un tameme cansado, matarlo; donde dejen un español perdido, matarlo; somos gente de montaña, pues hagamos guerra de montaña, y, por lo tanto, todo el mundo zafe el bulto y tire al monte: he ahí el plan de Garavito. Por eso, al primer amago de invasión requirió flecha y rodela, echó á

andar con su amada Biriteca, se fué derecho al monte, al río, al escarpado promontorio, al risco agreste ó á la callada fronda, y se ocultó. No fué grata, pues, la impresión de los españoles al llegar al valle aquél: nada de gente de pro, y, peor aun, nada de aguilillas de oro, pero ni siquiera rastros de riqueza; baste repetir las palabras que un testigo presencial dijo al respecto: "es la gente de esta provincia, gente pobre y que no tiene más de lo que traen encima, que es: los principales caciques unos cosetes sin mangas y tan cortos algunos ó los más, que no pasan del ombligo; las indias y los demás indios andan desnudos, que si no son algunas pampanillas de corteza de árboles con que se tapan sus vergüenzas, no tienen otra cosa, y algunos andan como su madre los parió". Evidentemente allí no había riqueza, pero cuando una puerta se cierra aquí, cien otras se abren allá. En el valle de Coyoche era de esperar mejor ventura, porque, según dijeron los de Garavito, aquello sí era verdaderamente una grandeza. Pues, á Coyoche.

Antonio Pereira, caudillo de un magnífico escuadrón, salió para el valle de Coyoche; llegó, vió y venció, como un César. En efecto, el imprudente cacique de aquel valle no supo leer las señales del tiempo patentes á su mirada: en vano las perspicaces piapias alzaron vuelo de pronto y dieron al aire sus cantos y clamores azorados anunciando cercana novedad, cual en tiempos remotos los sagrados gansos del capitolio habían anunciado con mejor fortuna la llegada de los galos; en vano la gemebunda torcaz esforzó en aquel trance sus lúgubres lamentos, heraldos infalibles de próximas desgracias; en vano en aquel día despuntó la aurora por oriente bañada de rojizos resplandores y cercada de compactos nubarrones, advirtiendo que señales en el cielo auguran desgracias en la tierra; en vano porque el indio estulto dormía á pierna suelta en su palenque, sin reparar tampoco cómo de la penumbra de la selva umbría brotaba el insólito escuadrón á la clara luz de la plazuela, ni cómo alígero avanzaba por el descampado patio, ni cómo de súbito rodeaba los ámbitos del rancho, ni cómo, en fin, vivando á dios y al rey caíale encima para atarle con dogal de servidumbre al cuello.

Pereira regresó, pues, al campamento llevando prisionero al infeliz Coyoche; hizo una buena jornada, fruto de la cual fueron los requerimientos de Cavallón para contar

un nuevo súbdito del rey y las prédicas de fray Gaitán para contar un nuevo hijo de Dios. Hablaron bien, pues á lo que Coyoche dió á entender ofrecióles amar al manso Cristo y servir al serenísimo príncipe Felipe, dando en prenda de su promesa un llamamiento á sus vasallos para que viniesen á servir de solícitos tamemes; oro no dió porque no lo tenía, pero dió informes de tenerlo en abundancia Coquiba, señor de Pacacúa en su sede de Tabarcia. Como consecuencia de la próspera jornada de Pereira al valle de Coyoche y en recuerdo de aquel primer converso levantó fray Gaitán junto al asiento viejo de la Choloteca y cerca de la Cholutequilla una gran cruz, y con igual motivo Cavallón emitió dos mandamientos: que aquel campo se llamase en adelante el real de Santa Cruz y que el valle de Coyoche se llamase en lo futuro valle de Landecho, para que así cuando saliera Garavito y oyera mentar la cruz y el real entendiera lo que se le decía, y para que el Presidente Landecho cuando oyera su propio nombre en el relato del descubrimiento, entendiera lo que aquí se le quería. Y puesto que la aurífera Tabarcia quedaba más adelante, marchó todo el ejército de los noventa soldados con paso firme hacia adelante.

Llegaron á la meseta central y en el llano de Turrúcares fundaron á Garcí Muñoz, la efímera ciudad de Cavallón, á donde los caciques comarcanos poco después solían venir en son de obediencia y vasallaje, pero sin ánimo sincero, porque ni traían aguilillas de oro ni mantenimientos ni indios de servicio ni nada, conformándose con decir amén á cuanto se les hablase de dios y el rey, y tomando luego por montes y collados las de villadiego. Mal cariz presentó, pues, el comienzo de la campaña, y para darle mejor viso fué menester rudo empeño y mucha diligencia por parte de los conquistadores.

En aquellas fugas y alzamientos y en estos empeños y diligencias sobresalieron el indio Garavito y el capitán Pereira; recordémoslos consultando los secretos del archivo, los rumores de la tradición, las fantasías de la leyenda, que uno y otro, víctima y victimario, personificaron las dos fuerzas contrapuestas que batallaron en la génesis étnica y política de Costa Rica. Antonio Pereira, después de lo referido, fué al valle de Guarco, plantó su campamento en unas lomas de sabanas cerca del pueblo de Purapura, hoy barrio del Tejar, paraje denominado entonces el real de Pereira, frente

á ciudad vieja, y desde allí hizo fatigosas correrías trayendo maíz que comer é indios que avasallar; Antonio Pereira, caudillo del ya probado escuadrón fué á Pacacúa á dar un gran asalto y lo dió, porque Quizarco, hombre principal y hermano del cacique, cayó en la red junto con muchas cargas de maíz; Antonio Pereira, fogoso portugués, iba y venía aquí y allá sin tener nunca sosiego porque era hombre para mucho, según rezan los viejos documentos de la historia.

Garavito por su parte tampoco se daba punto de reposo. ¿Quién aconsejó al cacique Chumacara huirse al monte?, Garavito; ¿quién dió bríos al pacífico Chucasque para derribar tantos árboles frutales?, Garavito; ¿quién mandó á Cobobia que incendiase la sazónada milpa?, Garavito; ¿quién al frente de feroces indios asaltó en el mal paso de la quebradilla á Luis Días Trejos y le robó su equipaje?, Garavito; ¿quién se conjuró contra la incipiente villa de Landecho poniéndola en grave aprieto?, Garavito; ¿quién capitaneó en el valle de Coyoche á los trescientos indios aguerridos que dieron á Juan Illanés de Castro la tremenda guasabara en que salieron heridos varios soldados españoles?, Garavito; ¿quién fué, y esto es lo más grave, quién fué el cauteloso que aconsejó á todo el mundo esconder las aguilillas de oro?, Garavito. Era por lo tanto, de urgente necesidad dar con él y capturarlo.

Antonio Pereira con su escuadrón emprendió viaje á las riberas del Cuarros en donde se decía que estaba remontado el errante reyezuelo, y al propio tiempo salió Miguel Sánchez de Guido con veinticinco soldados para Orosi en demanda de mantenimientos. Señoreaba entonces en Orosi el cacique Jarcopa, sutil caudillo de la escuela misma de Garavito, hombre ducho en esconder sus intenciones, amañado y falso, pero que á vuelta de tan negras tachas, tenía la cualidad eximia de atesorar en sus dominios muchas cosas comestibles: maíz, peces y zapotes, raíces, yucas y palmitos á porfía. Miguel Sánchez de Guido llegando menesteroso á Orosi, cuando las milpas estaban á dos y tres mazorcas por mata, y los zapotes por cientos en cada árbol, y los peces en gardumen, y las yucas por montones, llegó en hora feliz, porque Jarcopa le recibió con cariño singular, le hospedó en su rancho piramidal, le dió de comer sin recibirle paga y le brindó para cuanto fuera menester el servicio de sus indios. ¿Qué más pedir? Pues, más comida. El no había ido allí pura

y simplemente á comer, sino también á mandar que comer á Garcí Muñoz, y en consecuencia escudriñó el fecundo valle, dió con una milpa vieja de ubérrima cosecha y ordenó que los indios la cogiesen y la fuesen trasportando á la ciudad. Esa tarea dió trabajo para veinte días durante los cuales Guido y sus soldados se dieron la gran vida bajo el techo hospitalario de Jarcopa.

Entretanto grandes novedades acaecían en las riberas del Cuarros; un asalto irresistible de Antonio Pereira había arruinado totalmente el hogar de Garavito. En efecto el furibundo escuadrón, más diligente que nunca, más astuto que endenantes, más terrífico, apareció de la noche á la mañana frente al rancho del cacique en el valle de la Cruz, pero fuera de las celosas piapias allí nadie por ello se alteró; el rancho estaba desolado, irguiéndose en la mitad de la plazuela como una fúnebre pirámide pajiza, para dar en el desierto una señal tangible del furor de la conquista. El caudillo penetró al interior del edificio y después de conformar sus ojos á la peculiar oscuridad de los palenques, escudriñó los rincones, contempló el mueblaje, registró los utensilios, miró la casa de alto á bajo, todo lo vió con minucioso afán. Era aquel palenque de forma circular, dieciséis varas medía de diámetro y otras tantas medía de altura; componíase su armazón de largas y redondas piezas que partiendo oblicuamente desde el suelo se juntaban en la cúspide, fortalecidas y enlazadas de trecho en trecho mediante espesas trenzas de bejucos, figurando grandes anillos ó círculos concéntricos, uno de los cuales, el más fuerte, descansaba sobre una serie interior de horcones clavados en el suelo á la redonda; revestíase la armazón con nutridas hojas de palmera y se coronaba con una olla embrocada para evitar las goteras; sólo por un boquete penetraba allí la luz, por el cuadrado boquete de la puerta entoldada con un débil cobertizo que al resguardarla del agua, menguaba adentro la claridad del día y la circulación del aire; circundaban el interno perímetro del rancho las silvestres cañas y nudosos mimbres de las camas; colgaban de horcón á horcón, en frente de las camas, rastroando el suelo, las rústicas hamacas; yacían en tierra delante de la puerta, y hacia el fondo de la estancia, besándose de punta los tres leños del fogón, ya sin lumbre ni rescoldo; encima del fogón á buena altura se levantaba la tendida barbacoa, escueta ya de provisiones y ya entregada al trajín

de las hormigas; guindaba del ahumado zarzo la cáscara de coco, estuche tibio de la sal; pendían de la techumbre las oblongas calabazas, depósitos del agua, las vasijas de la chicha, los canastos de la ropa, los tambores piel de iguana, las pampanillas de mastate, las jícaras, las flechas, cerbatanas y guacales, todo puesto en su lugar como para decir al intruso observador la reciente fecha de aquella triste soledad.

Y bien, murmuró el caudillo, venga Pedro, indio cristiano, intérprete ladino, y apremiado diga qué se hizo Garavito; y vino Pedro, el lenguaraz, y apremiado ofreció servir de guía en viaje al recóndito rastrojo del guapinol; y en viaje se puso luego el escuadrón. Al impulso de la traición inicua, la selva reveló entonces su más íntimo secreto, la montaña su oculto vericuetto, el pantano su escondido vado y el hondo precipicio su único pasaje, para que Antonio Pereira llevado como de la mano pudiera realizar el plan de su jornada impía. En efecto, allí donde la fatigosa vereda bifurcándose se abría en dos trillos sinuosos, allí también el escuadrón se abrió en dos iguales porciones: una comandada por Antonio de Olivera, que se fué por el sendero abrupto del ojo de agua, y la otra mandada por Pereira, que siguió por el empinado trillo hacia adelante. Y luego al consejo de la traición inícuca, los soldados apagaron el crugir de sus espadas, acallaron el acento de sus voces, suavizaron el andar de sus pisadas caminando sutilmente, y el eco conjurado también enmudeció, reinó el silencio, y el matorral mezquino abrió los intersticios de sus ramas delante de la claridad del abra, á modo de indiscreta celosía, para que Antonio Pereira agazapado mirase á través de su escondite el recóndito rastrojo del altivo guapinol.

Y en verdad, lo contempló punto á punto con ayuda del traidor. A la izquierda se precitaba por entre peñas abruptas la hondonada del ojo de agua, manantial afluyente del pequeño Cuarros; á la derecha, velado tras los tallos de la breña, perduraba tendido el fétido pantano sobre un lecho de juncales; al frente el pital impenetrable de aceradas púas y tajantes filos parecía tocar con sus linderos el confín del horizonte; y hacia el lado del pital, dándose aires de grandeza sobre un tapiz de verde césped, el guapinol gallardo, cual señor de aquel recinto, mecía ondulante su espléndido ramaje: he ahí el campo en donde á la vista furtiva de Pereira se estaba verificando casualmente una escena extravagante.

Varios indígenas güetares, hombres y mujeres, al pie del guapinol presenciaban con respeto religioso la devota ceremonia que allí verificaba un indio viejo, asaz sobresaliente, ahuyentando con bocanadas de humo de tabaco al maligno *bukurú*, traído al árbol por la tórtola llorosa que al romper el alba de aquel día había gemido en la copa del ramaje con canto de dolor, y poniendo también en el collar de una muchacha seductora, el magnífico amuleto de unos ojos de alcatraz que la hiciera ver de lejos y esquivar al feroz conquistador. Ella, protagonista de una escena supersticiosa, despuntaba entre el grupo de mujeres, así como despunta en la constelación de las estrellas el lucero matutino, con fulgor resplandeciente, y se atraía la atención del viejo mago, así como el imán se atrae las moléculas de acero, con fuerza misteriosa; ella, al recibir el amuleto, ceñidas sus caderas con la honesta pampanilla, ataviado su cuello con collar y redecilla, coronada su cabeza con plumas de curré, suelta en negras crenchas su melena, globular su pecho, turgentes sus espaldas, vívidos sus ojos, empuñó entonces como nunca el blando cetro de sus gracias juveniles, delante de los rústicos güetares que allí la contemplaban y del figón Pereira quien desde el matorral en vértigo liviano clavaba en ella con afán su vista.

En esa contemplación estaban cuando una bandada de pájaros medrosos cruzando por el cielo puso en las plumas de los vientos su monótono piá-piá cual toque de rebato, y cuando Pedro, el lenguaraz, dijo quedo al oído del guerrero: he ahí á Garavito junto á todas sus mujeres. Saltó de pronto á la claridad del abra el insólito escuadrón, pero fué vana su presteza delante de la rústica vehemencia con que amaban su agreste libertad aquellos indios. Hombres y mujeres echaron á correr despavoridos y se descolgaron en tropel por el sendero falaz del ojo de agua, sin advertir que Antonio de Olivera emboscado en la hondonada cortábales el paso; sólo la gentil muchacha de los ojos de alcatraz se apartó veloz del pelotón y luego echándose de bruces se internó por en medio del pital. Todos los soldados á su vez corrieron tras los indios, sólo Pereira corrió derecho hacia el pital, buscó la oculta brecha, la encontró, dió con la escondida senda que abriera allí la previsión de Garavito, miró correr á la espantada fugitiva y al punto, cual gavilán voraz tras la paloma, ávido de cazarla corrió veloz.

Rápida carrera aquella en que el miedo transmitió á los pies de la muchacha, alada agilidad: ella corría, corría á lo largo del pital llevando demudado su semblante por las huellas del terror, el seno palpitante por angustia sin igual, las narices aventadas, los cabellos destrenzados, desgarradas las desnudas pantorrillas, descolgado el honesto delantal, rota la vistosa redecilla, roto el collar y perdido el amuleto, que era así tan pánica su fuga como rauda su carrera. Detúvose un instante, tendió su vista atrás, y mirando al guerrero tremebundo que aligero ansiaba darle alcance, prosiguió con nuevos bríos su huida pavorosa; corría, corría ora le saliera de través la aspereza del guijarro, ora la agresión del cardo impío, la ortiga aleve ó la punzante espina; corría, corría ora las nubes esfumándose le negasen amparo contra el sol, ora las brisas encalmándose le negasen fresco ambiente; corría, corría con pertinaz empeño porque ya cercano veía el remate del pital agudo y próxima la fronda de la arboleda umbría en donde el risco ameno le daría un rincón ó la plácida floresta una espesura ó la cueva hospitalaria un escondrijo; corría, corría pero ya flaqueaba su vigor, ya en sus labios asomaba el estertor de la fatiga y en sus músculos y nervios el desmayo del cansancio, ya escuchaba el crujir de los bélicos arreos: la estridente espada y la sonora espuela, ya sentía que la quemaba el hálito caliente del feroz soldado, y así, cuando hubo de llegar por fin á la arboleda amiga y de tocar tierra regada por el pequeño Cuarros, sintió caer sobre las turgentes carnes de su espalda la pesada mano del guerrero, y al querer decir: ¡ay de mí! ¡ay de mí! murieron en sus labios las palabras, y rendida, cayó al suelo, bañada de sudor.

En aquel preciso instante Antonio de Olivera en la hondonada dando fin á su tarea marcial lanzó un grito de victoria que el eco propagó de roca en roca diciendo: dios y rey, al propio tiempo que otro grito semejante dado por Pereira en las riberas del Cuarros era llevado por el eco fiel de monte en monte diciendo: guerra y botín. Pero el grito de Olivera no fué como el dado por Pereira, de tan cabal ufanía: aquel indio gandul del ojo de agua no empuñaba bastón de palo rojo ni llevaba en la cabeza plumas subcaudales ó en el pecho insignias de oro, no era Garavito, era un mago, se llamaba Taque; mientras que la muchacha esbelta de las riberas del Cuarros, llevaba sobre sí el fulgor de la hermo-

sura tenía-sele por predilecta mujer de Garavito, era una real hembra, se llamaba Biriteca.

Por eso Antonio Pereira regresó á Garci Muñoz con tan viva alegría llevando en pos presa tan exquisita, y por eso sus soldados, ufanos de la jornada, cuando hicieron información de méritos y servicios, preguntaban á los testigos diciendo: "Yten, si saben que el dicho Cavallón envió de Garci Muñoz á Antonio Pereira á prender á Garavito cacique principal, con gente entre los cuales fué el dicho Domingo Hernández, donde se prendió una mujer principal del dicho Garavito, demás que también prendió mucha gente con ella..."

Antonio Pereira fué, pues, un trabajador infatigable en la obra de la conquista, según refieren los antiguos documentos de la historia, y por tanto, no es de extrañar que tan luego como llegó de su expedición al valle de la Cruz, emprendiera en día de viernes santo, día de recogimiento, un viaje á Orosi en ayuda de Miguel Sánchez de Guido, gran recolector de maíz, á quien tenían á la sazón en grave aprieto la amistad fingida de Jarcopa y el astuto rencor de Garavito. Veinte días hacía que se estaba realizando en aquel valle de Orosi una gran expoliación, la expoliación del maíz, por parte de los españoles, y veinte días que se estaba preparando allí una tragedia, la tragedia del viernes santo, por parte de los indígenas.

En efecto, ahí no más de haber sido descubierta la milpa vieja de ubérrima cosecha, rondó el valle de Orosi un indio altivo, personaje misterioso que decía llamarse Ybux, ó sea mandón ó capataz, y que cuando clareaba el día ó cuando caía la noche se deslizaba cual una sombra por el barranco, dando á Jarcopa que le escuchaba trazas y modos horripilantes de dar al traste con la patrulla de salteadores que devoraban el cacicazgo; rondó el valle, midió el golpe, dió consejo, dijo adiós, obligándose á volver iracundo, formidable con sus huestes aguerridas.

El tremendo Ybux dióse á recorrer entonces los valles circunvecinos levantando los decaídos ánimos y aprestándoles para el combate: aquí decía de esconder las aguillitas de oro, allá de requerir las aguzadas flechas; aquí de suspender la comenzada fiesta, allá de postergar el funeral pomposo; aquí de prevenir la sangrienta guasabara, allá de defender la libertad amada, y en todas partes predicó con

fruto. Cruzó por las sabanillas de Corrose, frente al Infiernillo actual, en donde señoreaba Atao, y al son de su clamor guerrero disueltas fueron aquellas báquicas orgías de la liviana juventud salvaje, que culminaban á la hora en que la chicha hacía burbujas ó cuando ya borrachos dormían arrinconados los mayores. Cruzó por el hondo valle de Ujarrás delante del palenque oscuro de Abituri, y al grito de su afán marcial interrumpió el festín, en donde sobre hojas de luciente platanillo hedían las manidas carnes de pizotes, pavas, dantas, nutrias y armadillos. Cruzó por los amenos prados de Purapura delante de la casa paterna de Correque, y al bélico pregón de su palabra ardiente cesó la algarabía del solemne funeral de Guarco, en donde los tsugúres y el usékara con cascabeles y tambores, junto al humo del sagrado fuego y entre tragos y tragos de regio chocolate, aullaban tristemente recordando los tigres, dantas y culebras que mató el difunto. Llegó el Ybux, por fin á Bujebuj de antaño, Cachí de los presentes días, seguido de rebeldes hordas tumultuarias, y al compás de su feroz aullido, puso en manos del mandón Toraci y de todos cuantos le seguían bravíos, ligeras flechas de mortales dardos, doblados arcos de vibrante cuerda, lanzas de pedernal agudo y cabo resistente, varas de punta chamuscada y mango fuerte, cachiporras y garrotes mil: tremendas armas destinadas á servir en cruenta acción para librar á Orosi de aquellos vándalos hispanos que estaban acabando allí con todo el maíz.

En tanto los confiados españoles preparando su regreso á la ciudad para cuando asomara por oriente el nuevo día, ora enfardaban en redes de tupidas mallas cuanto próspera la tierra diera allí de comestible, ora en señal de gratitud conversaban mano á mano, bajo la cúpula negruzca del palenque con los ya domésticos orosis ó vagaban en redor brazo á brazo, bajo la cúpula altísima del cielo, con las tiernas orosillas querenciosas de los blancos forasteros; que allí como en todas las regiones de las Yndias, las indias siempre vieron bien á los hispanos y éstos no vieron nunca con repulsión á aquéllas, para que de ese modo se cumpliera amablemente el étnico y prolífico destino de la madre España en toda la extensión de sus dominios. Y si no ¿en cuál pecho amoroso, abnegado y fidelísimo reclinó Cortés sus devaneos como en el de doña Marina, india mexicana?; ¿quién pudo en la corte de Tlascala cautivar tan vivamente el amor de la princesa

Xicotenga-Tecubalsi como don Pedro de Alvarado?; y para hablar de nuestra tierra, ¿no fueron ofrecidas á Colón por un indio anciano de aspecto venerable, señor de Cariarí, aquellas dos muchachas inocentes, casi impúberas, festivas y confiadas, cual símbolo de paz entre ambas razas y de futura compenetración de sus destinos?

Pero de que así pensarán las mujeres en Orosi no se deduce que los hombres allí pensarán de ese modo, y sin embargo, esa fué la errada deducción que se hizo Miguel Sánchez de Guido cuando dispuso que la heterogénea gente del palenque durmiera á pierna suelta en la noche, víspera del viernes santo, y esa la que también se hicieron cuantos allí se echaron á dormir como lirones. Allá por la madrugada cuando ni siquiera despuntaban todavía los anuncios de la aurora, levantóse el negro esclavo y en demanda de agua fué al río; los orosis también se levantaron en tinieblas y se fueron á cuchichear cerca del rancho formando grupos diversos que iban y venían y desfilaban sin sosiego alguno y que murmuraban á la sordina diciendo: "*sibú, sibú, curubí-paná*", así como zumban las avispas alteradas en redor de su panal. Luego se levantaron los madrugadores Juan López Yzquierdo, Juan de Cárdenas y Francisco de Galindo quienes confiados en su prepotencia y confundidos con los indios según lo tenían de uso y costumbre, no pusieron atención en aquel tole tole de "*sibú, sibú, curubí-paná*", sino que entretenidos contemplaban cómo de la negrura triste de la noche iba surgiendo alegre la primera luz del día. El negro esclavo llenaba su cántaro en el río cuando vió una sombra salir de la arboleda, y otra sombra descolgarse del ribazo, y muchas sombras cual fantasmas moverse en la ribera; oyó de pronto el ténue silbido de una saeta y de otra saeta, un venablo le voló de cerca, cien venablos le volaron en redor, echó á correr despavorido y al llegar al rancho gritaba desahogado dando voces de tremenda alarma, precisamente en el instante mismo en que los orosis como autómatas, haciéndose los tontos, cogían de la cintura ó de las manos á los madrugadores y se los iban llevando lentamente por la extendida sabaneta. Francisco Ginovés oyendo aquellas voces alarmantes salió á la puerta, columbró el insólito espectáculo y gritó: caballeros: ¡á las armas! que se llevan á Juan López los bellacos. ¡Oh sorpresa la de los caballeros! Mi espada, ¿qué se hizo mi espada?, exclamaba el uno, envuelto en la oscuridad

del palenque; ¿qué se hizo mi rodela, dó se esconde mi escaupil?, decía el de más allá, sin que nadie pudiera dar de pronto con lo que era menester. Miguel Sánchez de Guido montó á caballo de prisa y fué á dar alcance á los mañosos rebeldes; salieron luego los soldados y oyeron á Juan Cárdenas que gritaba: caballeros, me llevan estos bellacos; divisaron á Galindo llevado como en volandillas que no ponía los pies en tierra, y vieron á la redonda que pululaban los sublevados gritando: "*sibú, sibú, curubí-paná*" y disparando flechas y pedradas á porfía; vieron, pues, el crítico comienzo de la guasabara, mentada acción del viernes santo, y poseídos de coraje, diéronse á blandir lanza ó espada por entre los orosis.

Fueron libertados los madrugadores pero luego aparecieron bien visibles las hordas tumultuarias que de lejos disparaban sin eficacia sus flechas y que levantaban en alto sus garrotes en señal de acometida, dejando ver por intervalos á su feroz caudillo armado de punta en blanco. El tremendo Ybux, indio vejancón de estatura regular, anchas espaldas, organización pesada, pecho abultado, miembros bien formados, musculatura excelente, en verdad venía terrífico: ostentaba en la coronilla á modo de penacho los largos pelos de un oso hormiguero, traía ensamblado en la nariz un avalorio y en las orejas, sendas horribles orejeras, adornábase el cuello con una aurea aguililla refulgente partida en dos cabezas, y con collar de cinco hileras de colmillos que le colgaba casi hasta el ombligo, llevaba pampanilla de algodón abigarrada, caites de piel de danta, cara á rayas achotadas, cuerpo á franjas de ocre rojo, en la diestra mano un agudo estacón de pejibaye, en la siniestra un escudo de tapir, en la garganta grito de salvaje y en los ojos mirada de demonio.

Trabóse, pues, la ruda guasabara: allá rebota un dardo en la rodela tenaz de Juan Ovalle, allá se quiebra una lanza en el escudo de Sancho de Barahona, allá se embota un estacón en la coraza de Diego de Alvarado, pero aquí cae de una lanzada un indígena güetar, aquí se desangra atravesado un intrépido corroce, aquí muere de un mandoble un bujebuj. ¡Cuánta desgracia! Suspéndese de pronto el combate desigual, arremolínanse las hordas indecisas, oyen sin embargo la voz airada del Ybux y vuelven feroces á la carga confiadas en su número, que, según Domingo Her-

nández, no bajaban de cinco á seis mil indios bravíos, pero vuelven á sufrir igual rigor; dánse los rebeldes nueva tregua y se quedan, sin perder de vista al enemigo mirándose las caras, atónitos de ver el horrísono fragor de los caballos; insisten otra vez en el combate y otra vez allí son rechazados y de nuevo se quedan asombrados de ver como pelean junto con los jinetes los caballos. En esa pertinaz contienda los encontró Antonio Pereira y su escuadrón que llegaba de re-fuerzo á poner fin á la batalla: zumbaron de nuevo los venablos por el aire, de nuevo resonaron por el valle los bélicos aullidos, cruzáronse otra vez espadas y estacones y cayeron de bruces á las patas del caballo cien corroces, hasta que por fin con ronca voz dijo el Ybux: retiraos, ¡oh débiles secuaces! que aquí vinimos á pelear contra españoles y no contra centauros, y se retiraron en seguida dejando el campo ensangrentado. ¡Cuánta desgracia! Partía el alma contemplar á Juan Ovalle quejándose de una lanzada en los pechos, consternaba oír á Domingo Hernández lamentándose de haber perdido en sólo un día los dos caballos con que andaba por aquí sirviendo á Dios y al rey y aterraba ver á Pedro el lenguaraz desmayado de pavor diciendo al oído de Pereira: ese indio vejancón que estuvo á punto de llevarme preso, ese fiero capataz que camina ya de retirada, no se llama Ybux, se llama Garavito.

Pasado lo cual cargaron los españoles con todo el acopio de maíz, lanzaron en la cuesta un grito de victoria diciendo: Dios y rey, que el eco repercutió como si dijese: guerra y botín; caminaron y llegaron á Garci Muñoz ufanos de su jornada. También Garavito regresó á su casa desolada desde donde mostrándose apenado por la captura de su mujer, y para suavizarle el cautiverio en que gemía, envió indios de servicio y muchas cargas de maíz á la mísera ciudad. ¿Sería tan rudo aquel cautiverio? eso lo calla la historia; háblase en ella tan sólo de la cárcel y cadenas con que Cavallón oprimió á muchos mandones y caciques; háblase en ella de la fuga de Quizarco y de la fuga de Taque y de otras muchas fugas semejantes, pero de la mujer de Garavito no se vuelve á decir una palabra. Sin embargo, es fama que los cargueros que abastecían á Garci Muñoz, interpelados á su regreso en el valle de la Cruz decían con sentimiento: ella ya no gime por su perdido amuleto de los ojos de alcatraz, en vez de redecilla al pecho lleva guipil, en vez de pampani-

lla viste enaguas, en vez de collar usa rosario, ya no la nombran Briteca, la dicen y llaman doña Ynés.

No murió entonces de dolor el desdichado Garavito porque necesitaba vivir para gustar un día el manjar de su venganza. Cavallón, aquel causante ocasional de tan negra desventura, aquel que impartió órdenes de cárcel y cadenas contra tantos caciques remontados y que confiscó tantas milpas ubérrimas, nada estable pudo fundar aquí, nada supo organizar: de su efímera ciudad apenas quedó vago recuerdo en los papeles del archivo, descubrió la meseta central de Costa Rica pero no la conquistó, y después de un año de bregar en vano se fué de aquí para no volver jamás, dejando á Miguel Sánchez de Guido y Antonio Pereira encargados interinamente de realizar la conquista.

Púsose de camino acompañado de sólo cuatro soldados escogidos sin querer más compañía porque no la creía necesaria. Y los güetares que le vieron salir de la ciudad con tan pocos compañeros exclamaron: imprudente, que así expone su existencia cuando vaga Garavito por los montes ansioso de gustar un día el manjar de su venganza.

Efectivamente, un indio vejancón y cien buenos flecheros asaltando á Cavallón en el mal paso de la quebradilla, le arrojaron desde lejos centenares de flechazos; pero al punto los cuatro soldados haciendo uso de arcabuces apuntaron, dieron fuego, y como si ellos hubieran disparado truenos y fulminado rayos cayeron á lo lejos unos cuantos salteadores. Todos los flecheros se desbandaron presa del más subido pavor, y Garavito con ronca voz murmuró: "Venciste Cavallón porque es imposible combatir contra quienes llevando en sus manos el fuego flamígero del cielo se defienden con el trueno y acometen con el rayo; venciste, Cavallón". En verdad aquel fiero cacique montañés en lucha desigual con el poderoso león hispano había perdido allí su último esfuerzo y su última esperanza; por eso abatido se internó á través de la arboleda y se fué lejos á la recóndita montaña de los votos, en donde consumido de tristeza rindió el último aliento de su vida.

En cambio Antonio Pereira ya con título de Capitán y con casa poblada abría entonces su pecho á la esperanza de servir mejor á Dios y al rey, y los hechos posteriores comprobaron que no fué vana su esperanza. En efecto, durante la administración de Juan Vázquez de Coronado, su-

cesor de Cavallón, hizo el Capitán Pereira una nueva jornada al valle de la Cruz en busca del famoso Garavito, y aunque no pudo dar con él por haberse remontado en la región de los votos, sí trajo de paz á muchos otros caciques de aquel valle; los pueblos del Guarco y lugares comarcanos rindieron entonces sumisión y vasallaje debido en mucha parte á los esfuerzos del dicho Capitán; él como caudillo de sesenta soldados exploró y pacificó las remotas provincias de Cía, Xarixaba y Yabo, fronterizas de Panamá por la banda del Pacífico, en donde puso mojones de horcas y cruces señalando el límite jurisdiccional de Costa Rica; él fundó por ahí en Turucaca la efímera ciudad llamada Nuevo Cartago; él acompañó á Coronado en su primera jornada á Quepo y Couto, así como también en la famosa expedición al río de la Estrella; él, en fin, fué uno de los más distinguidos colaboradores de aquel conquistador eximio y verdadero fundador de la colonia.

El Capitán Pereira en premio de tantos trabajos y de tan señalados servicios recibió de Juan Vázquez de Coronado la propiedad de un mundo de tierras bellas, llanas y fértiles en el valle de la Cruz, llamado también valle de Garavito, para que poblando allí una estancia de ganados, cerca de la Chuluteca vieja, en el punto mismo de sus mejores hazañas, y sacando de ella su ordinario sustento, tuviese siempre presente cuanto importa servir bien á dios y al rey.

Después en tiempo de Perafán, sucesor de Coronado, se señaló el Capitán Pereira por la diligencia con que pacificó los revueltos pueblos de Atirro, Turrialba, Corroce y Tucurrique, y también se señaló entonces el notable galardón de honra y provecho que recibió por sus nuevos servicios: de honra desempeñando el cargo de corregidor de los valles de Landecho y Garavito y el de teniente gobernador de Cartago durante los dos años que pasó Perafán en Tierra Adentro, y de provecho alcanzando en el repartimiento de indios la encomienda mejor de la provincia: trescientos tributarios de Curriravá.

Fué hombre de respeto, y por eso en dos ocasiones posteriores desempeñó interinamente el mando superior de Costa Rica con título de teniente general de Gobernador: una en 1577 cuando se ausentó Artieda Chirinos, y otra en 1591 antes de venir don Fernando de la Cueva. En esta última vez, contando ya sesenta años de edad, hizo el viejo

capitán una penosa expedición á la región de los votos, por el lado de Sarapiquí, en demanda de una vía de comunicación con el mar del Norte y en demanda quizás de aquel su antiguo adversario Garavito, pero esa expedición fué del todo ineficaz: ni dió el astuto veterano con buen sendero para camino ni dió tampoco con su viejo conocido; unos indios le dijeron, señalándole el volcán de Poás, que allá en la cumbre vivía remontado el bravío cacique, porque cada vez que retumbaba el monte, ellos oían los horrisonos gemidos de Garavito caído bajo la garra poderosa del fiero león hispano, y porque cada vez que se coronaba el monte de neblinas, ellos veían las grandes bocanadas de humo con que Garavito ahuyentaba al hispano bukurú; pero esas eran alucinaciones de los indios, porque ya entonces habiendo muerto aquel cacique nadie luchaba con el león ni nadie ahuyentaba al bukurú.

Ciertamente nadie contra España luchaba á la sazón en Costa Rica, la colonia estaba ya perfectamente establecida. Luchaban sí por abrir caminos, por llamar gente de afuera, por traer dinero, es decir, por asentar bien el patrio hogar. A ese fin el teniente general Pereira en carta á un alto funcionario dijo entonces: "Lo que hay necesidad es que Vmd. dé prisa al señor Presidente venga personal al gobierno desta tierra, y sea rico, como ya tengo avisado, para que se pueblen presto un par de pueblos, para que lo que no se ha hecho en dieziséis años, se haga en menos de dos".

Y así aquel batallador de la conquista esperando en vano mejores días para la patria, vió llegar sus años postrimeros en Esparza ó en su ható de Chulutequilla con el cortejo de fallidas esperanzas, de vivos desengaños, de achaques y enfermedades, heraldos de la muerte, que al sobrevenirle habían de despertar en Cartago muchas ambiciones y codicias entre los viejos conquistadores mal pagados, porque siendo el capitán soltero, la encomienda de Curriravá no iba á pasar á segunda vida, á vida de hijos legítimos, sino á manos de quien mejor la disputase en Guatemala; y en verdad ese embrollo no tardó mucho en acaecer.

Allá en un día del año de 1599 se puso malo, muy malo el viejo capitán Pereira, tiñóse su semblante con sombras de muerte, cayó en sopor y luego en desvarío: ora, pensando en las horcas y cruces de la remota Turucaca, veía alucinado el desfile de trescientos indios cargados de tributos

en Curriravá; ora, pensando en el despojado Garavito, veía en realidad por entre las rendijas de su casa aquellos campos extensos de la Chulutequilla; ora, pensando en las riberas del pequeño Cuarros, lugar acaso el más memorable de su vida, abría los ojos para clavarlos en sus dos hijos que junto de él se condolían: Inés y Juan Alvarez Pereira; tornó de nuevo á su juicio, balbuceó con acento de agonía diciendo: la guerra, el botín..... Jesús, Jesús, misericor..... no pudo decir más y falleció. He ahí su historia.



Ateneo de Costa Rica

Junta Directiva para el año de 1912

Presidentes honorarios

Antonio Zambrana
Justo A. Facio

Presidente efectivo

Justo A. Facio

Vicepresidentes

Enrique Jiménez Núñez
Ernesto Martín

Vocales

J. Fidel Tristán
Tomás Povedano
C. González Rucavado
Anastasio Alfaro
J. J. Vargas Calvo

Secretarios

Fabio Baudrit
Juan Dávila

Sección de ciencias exactas y experimentales*Presidente*

Gustavo Michaud

Vicepresidente

Carlos Pupo

Secretario

Emel Jiménez

Sección de ciencias morales y políticas*Presidente*

José Astúa Aguilar

Vicepresidente

Alberto Brenes Córdoba

Secretario

Elías Leiva

Sección de Literatura*Presidente*

Ricardo Fernández Guardia

Vicepresidente

Alejandro Alvarado Quirós

Secretario

Guillermo Vargas

Sección de Bellas Artes*Presidente*

Enrique Echandi

Vicepresidente

Ismael Cardona

Secretario

Julio Osma

Sección de ciencias exactas y experimentales**Miembros activos**

A

Anastasio Alfaro

Manuel Aragón

C

Salomón Castro M.

E

Guillermo Echeverría

G

José Fabio Garnier

Santiago Gutiérrez

J

Emel Jiménez

E. Jiménez Núñez

M

Gustavo Michaud

Luis Matamoros

Gerardo Matamoros

P

Arturo Pérez Martín

Teodoro Picado

Carlos Pupo

R

Alberto Rudin

S

Elías Salazar

T

J. Fidel Tristán

Sección de ciencias morales y políticas**Miembros activos**

A

José Astúa Aguilar

M. Argüello de Vars

Marciano Acosta

Luis Anderson

B

Alberto Brenes Córdoba

Fabio Baudrit

Leonidas Briceño

C

Luis Castro Saborío

Luis Cruz Meza

Rafael Otón Castro

D

Luis Dávila

G

Cleto González Víquez

C. González Rucavado

I

Rafael Iglesias

J

Ricardo Jiménez

Carlos M. Jiménez

L

Elías Leiva

M

Ernesto Martín

F. Montero Barrantes

Juan M.^a Murillo

P

Leonidas Pacheco

Pedro Pérez Zeledón

S

Manuel Sáenz Cordero

Juan Gaspar Stork

Luis A. Silva

Federico Solórzano

V

Guillermo Vargas

Víctor Vargas Q.

Z

Ramón Zelaya

T. Zúñiga Montúfar

Sección de Literatura**Miembros activos**

A

A. Alvarado Quirós

J. M. Alfaro Cooper

B

R. Brenes Mesén

C

Jenaro Cardona
 Eduardo Calsamiglia
 Celia Carrillo de Monje
 Ester Castro de Tristán

CH

Lisímaco Chavarría

D

Luis Dobles Segreda

F

Justo A. Facio
 R. Fernández Guardia
 María F. de Tinoco
 L. Fernández Guardia
 Luis R. Flores

G

Joaquín García Monge
 Juan Garita
 Luis F. González

J

Manuel de J. Jiménez

L

Agustín Luján

M

Gregorio Martín
 Julieta P. de Mc Grigor
 Félix Mata Valle
 Modesto Martínez
 Domingo Monje Rojas

N

Félix F. Noriega

O

Miguel Obregón L.
Angel Orozco

Q

Napoleón Quesada
Ramón M. Quesada

T

Luis Torres Acevedo
Rómulo Tovar

U

Manuel Ugarte
Daniel Ureña

V

Manuel Veiga
Faustino Víquez
Rafael Villegas

Z

Antonio Zambrana
Gerardo Zúñiga Montúfar

Sección de Bellas Artes

A

Alejandro J. Aguilar

B

Juan Ramón Bonilla

C

Próspero Calderón
 Angelina Castro
 Alvice Castegnaro
 Ismael Cardona
 Roberto Campabadal

E

Enrique Echandi
 Elsa de Echandi

H

Enrique Hine Saborío

L

Juan B. Loots
 Emilio León

M

Luisa Montero
 María Luisa Morales

O

Mercedes O. de Tucker
 María O. de Hine
 Julio Osma

R

Petra Rosat

V

J. J. Vargas Calvo

Miembros correspondientes

Octavio Beeche, Niza
 M. González Zeledón, Nueva York
 Joaquín B. Calvo, Wáshington

Santiago Argüello, Nicaragua
Rómulo E. Durán, Honduras
Alfonso Reyes Guerra, El Salvador
Máximo Soto Hall, Guatemala

Miembros honorarios

Manuel María Peralta

E. E. y M. P. de Chile
en Costa Rica (Carlos Vergara Clark)

Ministro Residente de México
en Costa Rica (Luis Ricoy)

E. de N. de los E. U. de A.
en Costa Rica (Langhorne)

E. de N. de la Rep. de Cuba
en Costa Rica (F. Porto del Castillo)

E. de N. de la Rep. de El Salvador
en Costa Rica (Gregorio Martin)

E. de N. de la Rep. de Nicaragua
en Costa Rica (Isaac Guerra)
